



CARTA PASTORAL

**para el Año Jubilar 2025
en la Archidiócesis de Toledo**

**A LOS SACERDOTES, MIEMBROS DE LA VIDA
CONSAGRADA Y FIELES LAICOS
DE LA ARCHIDIÓCESIS DE TOLEDO**

**«Peregrinos de Esperanza:
caminando juntos con Cristo»**

**✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España**

Edita: Arzobispado de Toledo.
Toledo, 25 de julio de 2024.
D.L. TO 226-2024

Introducción.....	5
Capítulo I. «Jesucristo, razón de nuestra esperanza». Lectura contemplativa de una página del Evangelio.....	7
Capítulo II. «La esperanza no defrauda». El Gran Jubileo de la Esperanza.....	17
El Año Santo Jubilar.....	17
Un jubileo dedicado a renovar la esperanza.....	19
El Jubileo en nuestra archidiócesis de Toledo.....	22
Una renovación de la esperanza que nos salva.....	26
Capítulo III. «Habéis sido llamados para que sigáis sus huellas» (cf. 1Pe 2, 21). Una Iglesia de llamados en camino hacia el Sínodo Diocesano.....	33
La Iglesia es una asamblea de llamados.....	33
Del pienso, luego existo, al soy llamado, por eso vivo.....	35
Una propuesta para vivir creando «cultura vocacional».....	39
La importancia de la oración en todo este camino.....	43
El Sínodo Diocesano, próxima estación de nuestra peregrinación.....	44
Oración por el Sínodo Diocesano.....	45
Guía de lectura de la Carta Pastoral «Peregrinos de Esperanza»	47

INTRODUCCIÓN

1. «Peregrinos de Esperanza»: este es el lema del año Jubilar que toda la Iglesia vivirá en los próximos meses. También nosotros, como Iglesia que peregrina en Toledo, queremos que este curso sea un tiempo de renovación espiritual, de caminar juntos con Cristo, de ilusión fundada en el Señor e impulso para el tiempo de gracia que Dios nos regala. Me dirijo a todos vosotros, queridos condiocesanos, al comenzar este curso pastoral, sumándome a la invitación del Papa Francisco, para hacer de este año un verdadero tiempo de esperanza. Ya san Juan Pablo II, al escribir su exhortación apostólica sobre la Iglesia en Europa, señalaba hace más de veinte años que las Iglesias en Europa estaban «afectadas a menudo por un oscurecimiento de la esperanza»¹. Y es cierto que, en nuestro viejo continente, tan determinante para la historia de la humanidad, detectamos signos de cansancio y desorientación. Por eso, me parece providencial que el Papa Francisco haya querido retomar este diagnóstico para dedicar todo este año jubilar ordinario a revitalizar la Esperanza con mayúsculas, sin la que no puede vivir el hombre su camino en la tierra.

2. Comenzaremos nuestro curso pastoral secundando los últimos meses del Año de la Oración, con que el Santo Padre ha querido preparar el gran jubileo universal. Viviremos el acontecimiento de la apertura de la puerta santa del Jubileo en Roma y en nuestra Catedral Primada. De alguna manera, continuaremos nuestra preparación al Sínodo Diocesano con un año marcado por el gran Congreso Nacional de Vocaciones, con el que la Conferencia Episcopal Española termina este último

1 San Juan Pablo II, «Ecclesia in Europa», n. 7.

quinquenio poniendo el acento sobre la llamada universal a la santidad en las distintas formas y estados dentro de la Iglesia, como hemos venido repasando nosotros en el trienio dedicado a laicos, consagrados y sacerdotes. En el centro, estará, como no puede ser de otra forma, nuestra mirada a Jesucristo. En el 2025 se cumplirá el XVII Centenario del Concilio de Nicea, la proclamación dogmática más importante de los primeros siglos de historia de la Iglesia, que remarcaba que sólo Jesucristo salva, porque es el Dios de Dios, consustancial al Padre, que ha venido a redimir a todos los hombres. También, en este sentido, el 350º aniversario de las revelaciones del Corazón de Jesús, nos hacen ajustar más aún la mirada a Jesús, dirigiéndola a su Corazón. Y todo ello, en el misterio de comunión que es la Iglesia. Nuestra peregrinación diocesana a la sede de Pedro, en Roma, para junio de 2025, reforzará nuestros lazos con el que es ministro de unidad en la Iglesia, que a su vez, es «signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano»². Esta eclesialización de nuestra vida cristiana durante el año jubilar servirá, sin duda, para prepararnos a vivir un tiempo especialmente propicio para la Iglesia que peregrina en Toledo, escuchando lo que el Espíritu Santo tenga que decirnos durante el camino que compartiremos en el próximo Sínodo Diocesano. De todo ello quiero hablaros en las siguientes páginas que, como siempre, comienzo con una meditación en torno a la Palabra de Dios.

2 Constitución Dogmática «Lumen Gentium» , n. 1.

CAPÍTULO I
«JESUCRISTO, RAZÓN DE NUESTRA ESPERANZA»
Lectura contemplativa de una página del Evangelio

Mt 8, 23-27

«En aquel tiempo, subió Jesús a la barca y sus discípulos le siguieron. De pronto se levantó en el mar una tempestad tan grande que la barca quedaba tapada por las olas; pero él estaba dormido. Acercándose ellos le despertaron diciendo: «¡Señor, sálvanos, que perecemos!» Les dice: «¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?» Entonces se levantó, increpó a los vientos y al mar, y sobrevino una gran bonanza. Y aquellos hombres, maravillados, decían: «¿Quién es éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen?»»

3. En aquel tiempo, subió Jesús a la barca

Jesús es un Dios encarnado que camina por los caminos de la vida. Que busca la oveja perdida. Tiene que atravesar a la otra orilla. No importa que amenace la tempestad. Ni que el cielo de pronto parezca que ennegrece y amenace tormenta. Jesús sabe que no es fácil la travesía. Que la barca donde se encuentra es frágil. También se siente cansado porque no para. Se le sigue conmoviendo el corazón cuando ve que las multitudes «están como ovejas sin pastor». Jesús sube a la barca. Sabe que la barca es necesaria en la travesía de la vida. En su fragilidad y pequeñez la barca es necesaria. Acoge nuestras vidas para la travesía.

4. Y sus discípulos le siguieron

No existe barca en el mar que no sea habitada por Jesús con sus discípulos. Si queremos que la barca cumpla su misión es necesario que el Espíritu Santo sea el timón que nos guíe hacia el puerto de paz.

Somos discípulos misioneros y estamos llamados a seguir a Jesús por tierra y mar. Subir a la barca exige una gran confianza... En ti confío.

No debemos quedarnos en tierra firme cuando se nos exige subir a la barca y atravesar el mar embravecido de la vida. En la medida que confiamos sabiendo que Jesús está con nosotros, seremos capaces de superarlo todo. Atravesaremos mares y desiertos hacia la tierra prometida.

5. De pronto se levantó en el mar una tempestad grande

En el mar de la vida, como en la vida misma, muchas veces el agua tranquila nos invita a la serenidad. Sabemos de quién nos hemos fiado y estamos convencidos de que nada ni nadie nos podrá arrebatarnos el Amor de Cristo. Cuando el mar de la vida está tranquilo, la serenidad inunda nuestra alma.

En el mar, casi sin darnos cuenta somos atrapados por una tempestad, por una amenaza continua de ser tragados por la turbulencia de las olas. La tempestad no avisa. Cuando llega, hay que permanecer en su Amor. Sabiendo que mientras seamos conscientes de que Jesús está con nosotros en la barca, que es una imagen de la Iglesia, la solución de todos nuestros problemas está asegurada. Hay que saber esperar, conscientes de que la Iglesia siempre está en buenas manos, las manos de Jesús, en manos de la Trinidad. Las tempestades de la vida son retos para seguir permaneciendo en su Amor.

6. La barca quedaba tapada por las olas

La barca, la Iglesia, nuestra vida, nuestras fragilidades... muchas veces parece que somos tragados por el mar embravecido de la vida. Nos hundimos. Parece que vamos a desaparecer.

Las olas parece que se tragan todo. Nos cuesta, como decía san Juan Pablo II, hacer frente a las embestidas del tiempo moderno. Cuando el mar embravecido, las olas de altura insalvable, nos amenazan y hasta parece que nos tragan, sólo seremos invencibles con una inmensa confianza en su Corazón... Sé de quien me he fiado. Son tantas las veces que el Señor nos ha sacado de las pruebas... así que sabemos que nos seguirá

sacando, por muchas tempestades que existan en el mar de la vida.

Cuando hoy parece que desaparecen muchas realidades que son esenciales en la vida, en la sociedad, en nuestras parroquias, tenemos que aferrarnos a que Cristo va en la barca y saldremos adelante. Lo que verdaderamente merece la pena «padece, pero no perece», decía Santa Teresa de Jesús.

7. Pero Él estaba dormido

Tenía que estar agotado. Exhausto. Muerto de cansancio. Parece increíble que se pueda dormir alguien en la proa de un barco que hace aguas por todas partes.

Santa Teresita del Niño Jesús tiene una página sobre este pasaje que muchas veces ha sido una referencia que me ha ayudado y mucho en mi existencia:

No me sorprende que no entiendas nada de lo que ocurre en tu alma.

Un niño PEQUEÑO completamente solo en el mar, en una barca perdida en medio de las olas borrascosas ¿podrá saber si está cerca o lejos del puerto?

Mientras sus ojos divisan todavía la orilla de donde zarpó, sabe cuánto camino lleva recorrido y, al ver alejarse la tierra, no puede contener su alegría infantil.

¡Pronto -se dice a sí mismo- llegaré al final del viaje!

Pero cuanto más se aleja de la playa, más vasto parece también el océano.

Entonces la CIENCIA del niño se ve reducida a nada, y ya no sabe hacia dónde va su navicilla.

Como no sabe manejar el timón, lo único que puede hacer es abandonarse, dejar flotar la vela a merced del viento...

Celina mía, la niña de Jesús se encuentra completamente sola en una barquichuela, la tierra ha desaparecido a sus ojos y no sabe a dónde va, ni si avanza o retrocede... Teresita sí lo sabe: está segura de que su Celina está en alta mar, de que la navicilla que la lleva boga a velas

desplegadas hacia el puerto, de que el timón, que Celina ni siquiera puede ver, no está sin piloto.

Jesús está allí, dormido, como antaño en la barca de los pescadores de Galilea. Él duerme... y Celina no lo ve porque la noche ha caído sobre la navicilla... Celina no oye la voz de Jesús. El viento sopla y ella lo oye soplar, ve las tinieblas... y Jesús sigue durmiendo.

Sin embargo, si se despertara solamente un instante, sólo tendría que «ordenar al viento y al mar, y vendría una gran calma», y la noche sería más clara que el día. Celina vería la mirada divina de Jesús, y su alma quedaría consolada...

Pero entonces Jesús ya no dormiría, ¡y está tan CANSADO...! Sus pies divinos están cansados de buscar a los pecadores, y en la navicilla de Celina, Jesús descansa tan a gusto...

Los Apóstoles le habían dado una almohada, el Evangelio nos cuenta este detalle.

Pero en la barquilla de su esposa querida Nuestro Señor encuentra otra almohada mucho más suave: el corazón de Celina. Allí lo olvida todo, allí está como en su casa... No es una piedra lo que sostiene su cabeza divina (aquella piedra por la que suspiraba durante su vida mortal): es un corazón de hija, un corazón de esposa. ¡Y qué contento está Jesús! ¿Pero cómo puede estar contento cuando su esposa sufre, cuando vela mientras él duerme dulcemente? ¿No se da cuenta de que Celina no ve más que la noche, de que su rostro divino está escondido para ella, y de que a veces hasta la carga que siente sobre su corazón le parece pesada...?

¡Qué gran misterio! Jesús, el niño de Belén, a quien María llevaba como una «carga ligera», se vuelve pesado, tan pesado que san Cristóbal se queda sorprendido... También la esposa de los Cantares dice que su «Amado es un ramillete de mirra que descansa sobre sus senos». La mirra es el sufrimiento, y así es como Jesús reposa sobre el corazón de Celina... Y, sin embargo, Jesús está contento de verla entre sufrimientos, se siente feliz de recibirlo todo de ella durante la noche... Espera la aurora, y entonces... sí, entonces ¡¡¡qué despertar el de Jesús...!!!

Celina querida, ten la seguridad de que tu barca está en alta mar,

tal vez muy cerca ya del puerto. El viento del dolor que la empuja es un viento de amor, y ese viento es más rápido que el relámpago...³

También nosotros en nuestro interior, en nuestra vida, a veces parece que Jesús se ha dormido en la barca de nuestro corazón. No sólo no lo sentimos, sino que parece que no le importa lo que nos ocurre, aunque estamos viviendo momentos de hundimiento. Teresita lo dice que también: en su pobre barquilla, frágil, Jesús se ha dormido... Y santa Teresita dice: prefiero que duerma, está tan cansando de tanto bregar, tantos corazones de su Amor se quejan, tantos corazones que no quieren abrir...

En la experiencia de oscuridad, de «noche oscura» de no experimentar la fe, de parecer que estamos perdidos... saber esperar, porque «no duerme ni reposa el guardián de Israel» .

8. Acercándose ellos, le despertaron diciendo...

Un Jesús dormido en la barca puede presentarse como un icono de lo que parece que vive hoy nuestra humanidad, nuestra Iglesia, nuestra parroquia.

También nosotros gritamos en la noche, cuando parece que nos hundimos. Tenemos en el corazón una queja muy generalizada de que el Señor está o parece dormido, como la misma Iglesia. Por eso acudimos a una oración que se hace grito «Desde lo hondo a ti grito Señor, Señor escucha mi voz, estén tus oídos atentos a la voz de mi súplica» (Sal 129).

Hay que acercarse a Jesús y no alejarse nunca de Él. Hay que despertarlo en nuestro corazón con el encuentro con Él, en la Eucaristía, en los sacramentos, en la vida de oración. Nuestra oración, nuestra vida debe ser un grito confiado. Un, a pesar de todo, saber que no estamos solos, que Él no se va nunca de nuestras vidas si no le echamos, aunque duerma.

³ Sta. Teresita del Niño Jesús, *Carta a Celina del 23 de julio de 1893.*

9. ¡Señor, sálvanos, que perecemos!

La cosa no pinta bien. Aquello poco a poco se complica. La seguridad de llevar en la barca a Jesús y de saber que «todo lo podemos en Aquel que nos conforta» , se complica porque parece que Jesús no reacciona ante una tormenta que parece que se traga la pequeña barca, que aparece zarandeada en el mar.

Es una oración que brota del corazón angustiado: ¡Señor, sálvanos que perecemos! Señor no podemos aguantar más. Lo esencial del cristiano es Cristo, decía Guardini.

El tesoro de la Iglesia es Jesús que nos ha revelado en plenitud el Amor del Padre y que nos da su Espíritu Santo que, como Señor y dador de vida, tiene la misión de formar en nosotros el mismo Corazón de Jesús. En el mar embravecido de la vida, la barquilla de la Iglesia con Jesús, aunque parece dormir, sigue llevando adelante la obra de la Redención. En su pobreza nos enriquece. Cuando somos débiles entonces somos fuertes. Cuando no podemos más, su presencia nos invita en su aparente ausencia: todo lo puedo en Aquél que me conforta.

10. Les dice: ¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?

Parece que la pregunta de Jesús sobra... ¿Que por qué dudamos, por qué tenemos miedo y somos hombres de poca fe? Hombre, y ¿nos lo preguntas tú, que ves que eso se hunde y que nos vamos al fondo? ¿No ves Jesús que nos hundimos? ¿Es que no te percatas de que esto se va al garete?

Sin embargo, es verdad, que somos hombres y mujeres de poca fe, que a veces ante las dificultades nos hundimos. Nos parece que esto se viene abajo. Tenemos que poner la mirada sobre todo en su Corazón, nuestra confianza en Él. Porque está y es fácil despertarlo. No pongamos los ojos en la tribulación, sólo en el problema, porque acabamos siendo nosotros el problema. Busquemos la solución en Jesús que está de nuestra parte y que, a pesar de todo, sigue estando a nuestro lado.

11. Entonces se levantó, increpó a los vientos y al mar

La actitud de ponerse en pie, actuar de pie, es oficio sacerdotal. Otras veces, cuando Jesús se sienta, actúa como Maestro, como legislador supremo y guía, con la autoridad que mostró con la mujer adúltera (cf. Jn 8), o proclamando las Bienaventuranzas (cf. Mt 5).

Increpó a los vientos y al mar. Jesús el Redentor es también el Creador. Por eso cantamos una y otra vez «Señor Dios nuestro, ¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra!» . Es admirable su corazón bueno, que cuida de nosotros en la barca de su Iglesia y que vence siempre, incluso cuando los vientos son contrarios y el mar embravecido parece que nos traga ante tantas dificultades en que nos vemos envueltos. Jesús sigue en pie y sigue aplacando el mar y el viento cuando nos es contrario. La Iglesia con Jesucristo sigue asistiendo al entierro de sus enterradores. Cuando parecen que van a acabar con la Iglesia zarandeada en el mar de la vida, es la Iglesia la que hace el funeral de sus enemigos.

12. Y sobrevino una gran bonanza

Después de la tormenta viene la calma. Cuando Jesús, en pie, nos invita a confiar y a seguir bregando mar adentro. Nada de derrotismo. Nada de instalarnos en la queja. Nada de seguir engrosando la unidad de quemados intensivos, que parece que se sigue llenando y que expresa nuestro bajo nivel. Hay que vivirlo todo con fe, esperanza y caridad.

Cuando lo estamos pasando mal parece que la calma no volverá, o que está muy lejos la tranquilidad que tanto necesitamos para hacer frente a una situación que parece que nos puede y no nos deja salida. Es necesario recordar que, si hasta ahora el Señor nos ha ido sacando de todos los problemas y dificultades, lo seguirá haciendo, o ¿es que ya se ha agotado su Amor y misericordia con nosotros? Recordemos el salmo del Buen Pastor: «tu bondad y tu misericordia me han acompañado todos los días de mi vida» (Sal 23, 6).

13. Y aquellos hombres, maravillados, decían...

Tenemos que vivir en el asombro de tanto amor recibido.

Todo lo que debemos hacer es anunciar a Cristo y, para eso, la evangelización hoy debe crear en el corazón humano el asombro. Aquellos hombres que contemplan a Jesús vivo y actuando viven en el asombro de que su Amor no se esfuma. Aunque el mar embravecido en que vivimos nos recuerda que somos débiles y frágiles y parece que vamos a ser engullidos por la realidad difícil que nos rodea, la verdad es que, al final, triunfa el Amor de Dios en nuestras vidas pobres y necesitadas. Vivir en el asombro es vivir la dimensión orante y contemplativa. Orientar la vida desde una fe que vive en Cristo. Es la esperanza que nos anima a verlo todo desde la solución, que es Jesús. Por Cristo, con Él y en Él, que nos conduce a vivir la caridad «con los sentimientos del Corazón de Cristo». Es necesario que hagamos siempre una evangelización con corazón, con el testimonio de nuestra vida, que ponga su mirada en Cristo y que cree hombres y mujeres que, siendo orantes, vivan en el asombro cotidiano. Asombrarse es mirar la vida con los ojos de los niños.

14. ¿Quién es este, que hasta los vientos y el mar le obedecen?

El viento y el mar le obedecen. También esta escena nos recuerda, una vez más, que la Iglesia en sus pruebas está siempre en el Corazón de Jesús muerto y resucitado. Estamos en buenas manos y en mejor Corazón. Esa es siempre nuestra confianza y nuestra paz.

Sigue siendo válido aquello de hacer todas las cosas como si dependiesen de nosotros, pero con la confianza de que todo depende de Dios.

Nosotros hagamos nuestros deberes. Pongamos al servicio de la evangelización nuestras pobreza, con «alma, vida y corazón», para anunciar a Cristo. Sabiendo que debemos vivir con la certeza de que el Señor Jesús, es centro, cumbre y culmen de todo. Él nos lleva a vivir asombrados porque el Amor de Dios «ha sido derramado en nuestros corazones» .

¿No nos invita la Iglesia a vivir del asombro en continuo? Un Dios tan cercano que se ha hecho comida y bebida, para que tengamos vida y la tengamos en abundancia. La Eucaristía celebrada, comulgada y adorada es, cuando la vivimos de verdad, la que nos invita a disfrutar el asombro de tanto amor derramado.

Vivirlo todo con el Corazón y la fuerza puesta en Jesús y con «los pies en el suelo» para lanzarnos a evangelizar con esperanza.

15. ORACIÓN ESPERANZADA

Padre nuestro,
queremos caminar juntos con alegría,
con la cabeza que es Cristo,
en Iglesia comunión,
al servicio de la Evangelización.
Ven Espíritu Santo,
lánzanos a vivir con los sentimientos del Corazón de Jesús
para servicio a los que sufren.
Con María nuestra Madre. Amén.

CAPÍTULO II

«LA ESPERANZA NO DEFRAUDA» (Rm 5, 5)

El Gran Jubileo de la Esperanza

EL AÑO SANTO JUBILAR

16. El uno de enero del año 1300, una multitud acudió a la plaza de san Pedro en el Vaticano pidiendo la gracia de la indulgencia, una sanación profunda de las consecuencias del pecado en el alma. El Papa Bonifacio VIII concedió así el primer Año Santo para comenzar el siglo, tradición que sus sucesores renovaron, y progresivamente fueron haciendo con más frecuencia, hasta llegar a la periodicidad actual, en la que cada 25 años se hace conmemoración del acontecimiento que dio inicio a la cronología actual, el momento de la Encarnación del Verbo, de la entrada de Dios en la historia del hombre. En el último siglo, además, se han convocado jubileos extraordinarios que han conmemorado la Redención, a los 33 años de la Encarnación, o el jubileo de la Misericordia que es el último celebrado, convocado por el mismo Papa Francisco. En todos estos tiempos, la Iglesia busca un año de renovación espiritual, siguiendo muchas de las inspiraciones que el pueblo de Israel vivía en los años jubilaires de los que habla la Escritura. El mismo Jesucristo proclamó con sus labios el «año de gracia del Señor» del que habla el profeta Isaías (Lc 4, 19. Is 61, 2).

17. El término «jubileo» tiene dos raíces, una hebrea y otra latina. La palabra hebrea que aparece en la Biblia es «yobel», que hace referencia al cuerno del cordero utilizado como instrumento sonoro que servía para anunciar un año excepcional dedicado a Dios. Ese año se iniciaba con el sonido del *yobel* o cuerno. Pero existe también una palabra latina, «iubilum», que refería los gritos de alegría de los pastores y que terminó por significar alegría, gozo o alabanza. Cuando san Jerónimo tradujo la Biblia del hebreo al latín, tradujo el término hebreo *yobel* por el término latino *iubilaeus*, con lo que quedó incorporado el matiz de alegría al significado original que tenía la palabra en el antiguo Israel, como año excepcional de remisión.

La evocación del año jubilar viene del libro del Levítico: «Declararéis santo el año cincuenta, y proclamaréis en la tierra liberación para todos sus habitantes. Será para vosotros un jubileo; cada uno recobrará su propiedad, y cada cual regresará a su familia» (Lev 25, 10). Se pedía a los hebreos contar siete semanas de años, es decir, siete veces siete, que hace cuarenta y nueve años, y santificar el año cincuenta. En el jubileo mosaico que se nos muestra en el Antiguo Testamento, había una llamada a la restitución de la paz social. Nadie oprimiría a su prójimo. Cada siete años había un tiempo sabático que implicaba dejar descansar la tierra, liberar esclavos, perdonar deudas... Pero en el año jubilar había una disposición social que marcaba incluso el rescate de la propiedad. No había transacciones de más duración, ese año todo volvía a su situación original. Los judíos observaron esta práctica con mucha exactitud en un comienzo, pero no la siguieron después como lo notan sus doctores en el Talmud, quienes aseguran que no hubo más jubileos en tiempo del segundo templo. En todo caso, ese carácter de descanso y restauración quedó como una llamada permanente a vivir tiempos de renovación espiritual que la Iglesia ha continuado en diversos momentos del año litúrgico y con la convocatoria del Año Santo Jubilar.

18. Desde el primer año santo convocado en el 1300, la Iglesia ha celebrado años jubilaes que tienen como don principal el de la restauración espiritual a través de la indulgencia, esa gracia sacada del tesoro de las gracias obtenidas por la Redención de Jesucristo, de las que la Iglesia es depositaria y que tiene como fruto una purificación espiritual de las consecuencias del pecado. Nos habla de la reparación espiritual y, en muchos casos, significa también una cierta reparación material de las consecuencias de los pecados de los hombres. A partir del año 1475, comenzaron a convocarse cada 25 años. Y, según se cuente la lista de jubileos celebrados, para muchos este jubileo del 2025 es el número 30 de la historia de los años santos. Tras el último gran jubileo del año 2000, el Papa S. Juan Pablo II decía a los niños que le presentaban para el Bautismo: «Vosotros, que hoy sois niños y muchachos, formaréis mañana la primera generación de cristianos adultos del tercer milenio.

¡Qué grande es vuestra responsabilidad! Seréis los protagonistas del próximo jubileo, en el año 2025» . ¡Qué pronto ha pasado el tiempo! Y ¡cuánto han crecido las nuevas generaciones que este año próximo vivirán en Roma la experiencia el encuentro jubilar en la Iglesia con el Sucesor de Pedro!

UN JUBILEO DEDICADO A RENOVAR LA ESPERANZA

19. El Papa Francisco seguro que, tras orar y reflexionar mucho, ha querido que este año jubilar esté dedicado a sanar y renovar la Esperanza cristiana. Así lo explica en la Bula con la que convoca el próximo Año Santo: «La esperanza constituye el mensaje central del próximo Jubileo, que según una antigua tradición el Papa convoca cada veinticinco años. Pienso en todos los peregrinos de esperanza que llegarán a Roma para vivir el Año Santo y en cuantos, no pudiendo venir a la ciudad de los apóstoles Pedro y Pablo, lo celebrarán en las Iglesias particulares. Que pueda ser para todos un momento de encuentro vivo y personal con el Señor Jesús, «puerta» de salvación (cf. Jn 10,7.9); con Él, a quien la Iglesia tiene la misión de anunciar siempre, en todas partes y a todos como «nuestra esperanza» (1 Tm 1,1). Todos esperan. En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana. Sin embargo, la imprevisibilidad del futuro hace surgir sentimientos a menudo contrapuestos: de la confianza al temor, de la serenidad al desaliento, de la certeza a la duda. Encontramos con frecuencia personas desanimadas, que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad. Que el Jubileo sea para todos ocasión de reavivar la esperanza»⁴.

20. En esa bula de convocatoria del Jubileo, que recomiendo leer a todos, porque resume muy bien el espíritu de este año haciendo un diagnóstico de las necesidades de la Iglesia y de la humanidad, el Papa Francisco señala varios signos de esperanza que deberían ser elocuen-

⁴S.S. Francisco, Bula «Spes non confundit», n. 1.

tes para todos en este año santo. Podríamos leerlos en continuidad con el diagnóstico que S. Juan Pablo II hacía de la crisis de esperanza, que proclamó durante todo su pontificado, pero que aplicó muy especialmente a las iglesias de Europa tras el sínodo que dedicó a repasar la vida en nuestro continente.

21. Comienza el Papa Francisco por señalar la necesidad de signos de esperanza en lo que se refiere a la paz: «Dejemos que el Jubileo nos recuerde que los que «trabajan por la paz» podrán ser «llamados hijos de Dios» (Mt 5,9). La exigencia de paz nos interpela a todos y urge que se lleven a cabo proyectos concretos. Que no falte el compromiso de la diplomacia por construir con valentía y creatividad espacios de negociación orientados a una paz duradera» (SnC n. 8). Yo pienso especialmente en la necesidad de paz en Tierra Santa. ¡Cómo sufrimos los que hemos peregrinado tantas veces a la tierra de Jesús sabiendo de sus calles vacías y sin peregrinos! Nos golpean muchas veces las imágenes de destrucción que asolan sus parajes. Pero tampoco olvidamos la situación de Ucrania, que en una nefasta combinatoria mundial, sigue amenazándonos con un conflicto que puede extenderse en escala mundial. Por no hablar de tantos otros conflictos escondidos que asolan la faz de la tierra. Oremos por la paz en este jubileo. Se necesita un nuevo movimiento que clame por la solución dialogada y arbitrada de los conflictos entre los pueblos. Los corazones reconciliados en este año jubilar serán, seguro, los mejores agentes de paz y reconciliación para los de cerca y para los de lejos.

22. Un segundo signo de esperanza que reclama el Santo Padre para este año es la apertura a la vida. Uno de los mayores signos de desesperanza es, precisamente, la pérdida del deseo de transmitir la vida. Los hombres y las mujeres que pierden el sentido de la vida, la llamada a la alegría perpetua del cielo, viven en el desencanto por el que prefieren no traer nuevas vidas a esta tierra por los temores de que el futuro que les espera pueda ser peor de lo que merecen. Este signo es especialmente elocuente entre nosotros. Vivimos en uno de los países

con la tasa de natalidad más baja y de mayor decrecimiento en los últimos años. Nos quejamos a menudo de que se prefiere domesticar una mascota antes que dar a luz la vida de un hijo, a la vez que constatamos cómo la pirámide poblacional hace insostenible el estado de vida de una sociedad que envejece rápidamente y que se ve necesitada del reemplazo que, a día de hoy, sólo garantiza la inmigración. El Papa nos dice: «La apertura a la vida con una maternidad y paternidad responsables es el proyecto que el Creador ha inscrito en el corazón y en el cuerpo de los hombres y las mujeres, una misión que el Señor confía a los esposos y a su amor. Es urgente que, además del compromiso legislativo de los estados, haya un apoyo convencido por parte de las comunidades creyentes y de la comunidad civil tanto en su conjunto como en cada uno de sus miembros, porque el deseo de los jóvenes de engendrar nuevos hijos e hijas, como fruto de la fecundidad de su amor, da una perspectiva de futuro a toda sociedad y es un motivo de esperanza: porque depende de la esperanza y produce esperanza. La comunidad cristiana, por tanto, no se puede quedar atrás en su apoyo a la necesidad de una alianza social para la esperanza, que sea inclusiva y no ideológica, y que trabaje por un porvenir que se caracterice por la sonrisa de muchos niños y niñas que vendrán a llenar las tantas cunas vacías que ya hay en numerosas partes del mundo. Pero todos, en realidad, necesitamos recuperar la alegría de vivir, porque el ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26), no puede conformarse con sobrevivir o subsistir mediocremente, amoldándose al momento presente y dejándose satisfacer solamente por realidades materiales. Eso nos encierra en el individualismo y corroe la esperanza, generando una tristeza que se anida en el corazón, volviéndonos desagradables e intolerantes» (SnC n. 9).

23. A continuación, el Papa pasa a recorrer algunas situaciones que están necesitadas de una buena dosis de esperanza cristiana: las condonaciones de pena y las de deuda, el alivio del sufrimiento de los enfermos, el futuro de los jóvenes, la atención a las adicciones, la integración de los inmigrantes, la soledad de los ancianos, el cuidado

y la compasión con los más pobres... Toda una serie de tareas para la «imaginación de la caridad», que llaman de forma cercana también a la puerta de nuestros pueblos y ciudades, de nuestras parroquias y comunidades de vida eclesial. Y la respuesta siempre nace de la vida nueva que se nos ha regalado por la gracia: «La esperanza nace del amor y se funda en el amor que brota del Corazón de Jesús traspasado en la cruz. Y su vida se manifiesta en nuestra vida de fe, que empieza con el Bautismo; se desarrolla en la docilidad a la gracia de Dios. En efecto, el Espíritu Santo, con su presencia perenne en el camino de la Iglesia, es quien irradia en los creyentes la luz de la esperanza. Él la mantiene encendida como una llama que nunca se apaga, para dar apoyo y vigor a nuestra vida. San Agustín escribe al respecto: «Nadie, en efecto, vive en cualquier género de vida sin estas tres disposiciones del alma: las de creer, esperar, amar⁵» (SnC n. 3).

EL JUBILEO EN NUESTRA ARCHIDIÓCESIS DE TOLEDO

24. La sede Primada de Toledo ha estado siempre especialmente vinculada al Sucesor de Pedro. En sus arzobispos, los Papas han depositado durante muchos siglos una confianza especial para asociar a la Iglesia en España a la preocupación por todas las Iglesias. El jubileo romano tendrá un eco especial en nuestra archidiócesis de Toledo. Abriremos, como en todas las catedrales del mundo, el año jubilar el próximo domingo 29 de diciembre a las 5 de la tarde en una gran celebración que comenzará con la Statio en el santuario Diocesano de los Sagrados Corazones, antigua iglesia de los jesuitas, que la tradición marca como la casa natal de nuestro santo patrón, san Ildefonso. Ese día estamos todos convocados a unirnos a este movimiento de esperanza en Dios que quiere traer vientos de renovación a nuestra tierra.

Además, hemos marcado como lugares santos, para unir todos los puntos de la geografía espiritual de nuestra diócesis, algunos santuarios especialmente significativos que serán también centros de peregrinación en los que poder obtener, con las acostumbradas condiciones de

⁵ Sermón 198, 2.

confesión, comunión y oración por las intenciones del Papa, el don de la indulgencia. Junto a la Santa Iglesia Catedral Primada, también se podrá lucrar la indulgencia en el santuario de la Virgen de la Caridad de Illescas, en la vicaría de la Sagra, en la basílica del Prado en Talavera, en la basílica de Guadalupe en tierras extremeñas y en la basílica del Cristo de Urda en el extremo oriental de nuestra archidiócesis, en la Mancha. Todos ellos son lugares de suyo especiales que convocan a multitud de peregrinos habitualmente, en busca de gracias particulares, que pedimos al Señor sean gracias de reconciliación y esperanza. Animo a todas las parroquias a buscar su propio momento durante este año para peregrinar a alguno de estos santuarios y basílicas. La peregrinación es siempre, en sí misma, un signo de lo que es nuestra vida, un camino compartido a la casa del Padre, en el que necesitamos la misericordia de Dios y la ayuda de los hermanos. «Ponerse en camino es un gesto típico de quienes buscan el sentido de la vida. La peregrinación a pie favorece mucho el redescubrimiento del valor del silencio, del esfuerzo, de lo esencial. También el año próximo los peregrinos de esperanza recorrerán caminos antiguos y modernos para vivir intensamente la experiencia jubilar» (SnC n. 5). El Papa nos pide, además: «Que en las Iglesias particulares se cuide de modo especial la preparación de los sacerdotes y de los fieles para las confesiones y el acceso al sacramento en su forma individual» .

A lo largo de todo el 2025, queremos que haya algunas convocatorias jubilares de repercusión diocesana, una convocatoria amplia a diversos estados y sectores de la vida eclesial, que conformen un recorrido por los distintos templos jubilares repartidos por la geografía diocesana. Serán momentos en los que nosotros, los obispos, nos haremos presentes para impulsar este camino esperanzado del que depende el tono espiritual alto de nuestra Iglesia particular, atendiendo a algunos sectores que consideramos importante reunir en peregrinación y celebración jubilar. Para este fin, contamos ya con algunas convocatorias que consideramos especialmente significativas y en las que se implicará la curia pastoral con el deseo de llegar a todos los rincones de nuestra Archidiócesis. Así, comenzaremos en la basílica del Cristo de Urda, que suma su propio jubileo perpetuo en este año, con una celebración jubilar para todas las

hermandades y cofradías el 25 de enero. A continuación, en este año en el que la preocupación por las vocaciones a todos los estados de la vida cristiana será fundamental para la Iglesia en España, hemos querido convocar un jubileo de las vocaciones en la catedral para el día 9 de febrero, con especial resonancia en los jóvenes, en los novios, en seminaristas y candidatos a la vida consagrada. Para el 8 de marzo, unida a la celebración que estamos consolidando de la ofrenda del aceite para el Crisma que hacen todos los confirmandos de la diócesis, hemos convocado el jubileo de los adolescentes en la basílica de Ntra. Señora del Prado. Unos días más tarde, coincidiendo con la jornada por la mujer y por la vida, con esa marcha tan significativa en que se visibilizan muchas necesidades de nuestra sociedad, vamos a celebrar el jubileo de las familias el 22 de marzo en la Santa Iglesia Catedral Primada. El mes siguiente queremos hacer también una gran convocatoria para todos los niños de nuestra Archidiócesis, especialmente a los que se preparan para la primera comunión, y celebrar así el jubileo de los niños el día 5 de abril en la catedral. No puede faltar, como gran fruto de la gracia jubilar una convocatoria especial para todo el ámbito de la caridad, en el que tantas personas y asociaciones vuelcan sus mejores esfuerzos, con especial protagonismo para Cáritas, Manos Unidas y todas las delegaciones y secretariados incluidos en esta área. Será el sábado 24 de mayo en el santuario de Ntra. Señora de la Caridad en Illescas. Finalmente, también queremos elevar en tono jubilar una convocatoria de jóvenes de gran tradición en nuestra tierra, la peregrinación de jóvenes a Guadalupe. Por ello, en octubre de 2025, en la basílica de Guadalupe, la peregrinación diocesana de jóvenes culminará con una gran celebración jubilar de los jóvenes. En resumen, con estas convocatorias señaladas, pretendemos que todo el Pueblo de Dios se sienta llamado a este tiempo de conversión y peregrinación jubilar, buscando aglutinar esa representación amplia de todos los estados y tramos de la vida cristiana. Seguramente que cada parroquia, asociación, comunidad... sabrá buscar el momento para sumarse a la gran gracia de este Jubileo organizando su propia peregrinación, unida a las convocatorias diocesanas, y haciéndolo en familia con sus propios medios y ritmos también.

25. Junto a esos momentos de peregrinación y reconciliación que promoveremos durante este año jubilar en nuestra Archidiócesis, también queremos responder a la llamada del Papa para acudir a Roma. Nuestra Archidiócesis, a través de la Comisión para el Jubileo que preside el provicario general don José Fernando González Espuela, está ya preparando la peregrinación a la Urbe que acoge la Cabeza y Madre de todas las Iglesias. Hemos elegido la última semana de junio de 2025 como ocasión para realizar nuestra Peregrinación Diocesana. Es cierto que hay muchas otras convocatorias a las que se responderá sectorialmente, más de treinta jubileos que llenarán la ciudad eterna de peregrinos de todo el mundo. Pero hemos querido peregrinar como Iglesia particular esa última semana de junio, uniéndonos a los jubileos de seminaristas, obispos y sacerdotes. Como en el anterior jubileo, también nosotros vamos a celebrar la Santa Misa en Rito Hispano-Mozárabe en la basílica de San Pedro del Vaticano, como un testimonio de la diversidad litúrgica occidental de la que somos especialmente custodios y herederos. Recibiréis la información para unirnos a la peregrinación, en diversas modalidades, con mayor o menor duración. Será una ocasión fantástica para encontrarnos con el Sucesor de Pedro y para sentirnos Iglesia viva en la encrucijada de estos tiempos que nos ha tocado vivir.

Por supuesto que otro momento central del año santo será el Jubileo de los Jóvenes. Nuestra Delegación de Juventud ya está trabajando para que esos últimos días de julio y primeros de agosto sean una peregrinación inolvidable para muchos. Ya tenemos experiencia de cuánto ayudan estas peregrinaciones juveniles en jornadas mundiales a encontrarse de nuevo con Jesucristo, a sentir el soplo del Espíritu Santo y a experimentar la perenne juventud de la Iglesia. Allí nos encontraremos, queridos jóvenes, peregrinando a Roma, pasando por algunos de los lugares más significativos de la vida de los santos de todos los tiempos. La peregrinación de jóvenes a Roma en el año jubilar será, sin duda, un momento de gracia grande para muchos de vosotros que sois uno de los signos más grandes para nuestra esperanza. Preparaos desde ya, en vuestras parroquias y movimientos, orando por los frutos de esa peregrinación y animando a muchos a unirse a ese gran festival

de la juventud que serán los días en Roma el próximo verano junto al Papa y a los jóvenes de todo el mundo.

UNA RENOVACIÓN DE LA ESPERANZA QUE NOS SALVA

26. Precisamente, hace unos meses, escribiendo a todos los jóvenes que participaron en la última Jornada Mundial de la Juventud en Lisboa, los obispos de nuestra provincia eclesial hacíamos una reflexión sobre la Esperanza que nos debe alimentar y que creo que puede ser de utilidad para todos⁶: Como solía repetir un joven trapense hoy en los altares, el Hno. Rafael, «toda nuestra ciencia consiste en saber esperar». Es cierto que habría que preguntarse dónde tenemos puestas nuestras esperanzas. Porque muchas veces las ponemos en expectativas meramente humanas que acaban por producir frustración. El ser más o el tener más son muchas veces el horizonte por el que muchos trabajan en esta vida, y acaban por experimentar la insatisfacción, incapaces de colmar los deseos más hondos que habitan en el corazón del hombre. La verdadera esperanza «no defrauda» (Rm 5, 5), porque viene de Dios y nos hace apoyarnos en Él para no errar el camino. En muchas representaciones del primer arte cristiano, la esperanza se dibujaba como un ancla, que simboliza la estabilidad que tienen los que viven en el Señor frente a las tempestades y mareas de la vida. Como dice el Catecismo de la Iglesia Católica: «La esperanza es la virtud teologal por la cual deseamos el reino de los cielos y la vida eterna como nuestra felicidad, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no sobre nuestras fuerzas sino en la ayuda de la gracia del Espíritu Santo» (CEC 1817). Los primeros cristianos se definían a sí mismos como los que tienen esperanza. Y la esperanza no se aprende en un libro simplemente, ni se puede meter artificialmente en la vida de otra persona, la esperanza se contagia, y se manifiesta sobre todo en dos signos de la presencia del Espíritu Santo como son la paz profunda del corazón y la alegría verdadera.

⁶ Vid. Carta Pastoral «Sois la generación de la Esperanza» de los obispos de la Provincia Eclesial de Toledo a los jóvenes. 22-XII-2024.

27. Pero la esperanza es también una fuerza, un dinamismo que nos pone en camino, que no se traduce simplemente en aguardar, sino en buscar, en desear ardientemente, en trabajar por alcanzar. ¿Qué buscamos? Sin duda, esa plenitud que nadie puede no desear y que llamamos felicidad o bienaventuranza. Y ¿de quién la esperamos? De nuestra unión con Jesús que se transforma en luz de fe, en amor desbordante y en esperanza viva. Lo dice también el Catecismo: «La virtud de la esperanza responde a la aspiración a la felicidad que Dios ha puesto en el corazón de cada hombre; asume las expectativas que inspiran las actividades de los hombres, las purifica para ordenarlas al reino de los cielos, salvaguarda del desánimo, sostiene en todos los momentos de abandono, dilata el corazón en la esperanza de la felicidad eterna. El empuje de la esperanza preserva del egoísmo y conduce a la alegría del amor» (CEC 1818). Por eso, la esperanza es no solo un ancla, sino también se la representa como la «vela del barco», que recoge el viento que sopla y lo aprovecha para dirigirse a buen puerto. Es muy importante aprovechar cualquier viento que sopla. Porque en toda situación, siempre hay una oportunidad para buscar la voluntad de Dios que sabe, incluso sacar bienes de los males. Dios es el Dios de las oportunidades, para el que «nada hay imposible» (Lc 1, 37). Decía el filósofo danés Kierkegaard que la desesperanza es muy fácil cuando no se tiene como horizonte la eternidad. Porque llega al corazón del hombre cuando parece que no hay posibilidades, que se cierra toda posibilidad de salida o actuación. El hombre tiene necesidad de posibilidades, si no, muere de asfixia espiritual. Y, sin embargo, Dios no nos deja nunca sin una posibilidad, su gracia puede hacer de cada situación una «ocasión de bien». El nombre bíblico de posibilidad es «Kairós», ocasión favorable (2Cor 6, 2). Con la Encarnación, la eternidad ha entrado en la historia, en el tiempo. Y Jesús es capaz de hacer nuevas todas las cosas. Basta con preguntarse: en esta situación, ¿qué espera Jesús de mí? Puede ser trabajar en una dirección, pero también puede ser orar más, o incluso tener paciencia. Unir nuestros deseos a los suyos. Decía Benedicto XVI, citando a san Agustín, en su encíclica sobre la esperanza, que la esperanza se podía aprender también en

medio del sufrimiento: «Imagínate que Dios quiere llenarte de miel [símbolo de la ternura y la bondad de Dios]; si estás lleno de vinagre, ¿dónde pondrás la miel? El vaso, es decir el corazón, tiene que ser antes ensanchado y luego purificado: liberado del vinagre y de su sabor. Eso requiere esfuerzo, es doloroso, pero sólo así se logra la capacitación para lo que estamos destinados» (Spe Salvi 33). Como ya advertía san Pablo: «La tribulación produce paciencia, la paciencia una virtud. Probada y la virtud probada la esperanza» (Rm 5, 4). A veces, es necesario que mueran las razones meramente humanas para esperar, y así esperar todo de Dios. La esperanza es virtud que hace fuertes. Y a veces el sufrimiento acrisola, fortalece. Nos hace esperar contra toda esperanza (Rm 4, 18). De esa manera, la paciencia se convierte en la ciencia de la paz. Dice san Pedro, precisamente que «la paciencia de Dios es nuestra salvación» (2Pe 3, 12). Y, en estos tiempos nuestros en los que se quiere todo ya, una educación del deseo, y por tanto de la esperanza también, requiere que sepamos esperar los tiempos de Dios. Contra la precipitación, pedir una sola cosa cada vez, como en el Padrenuestro: «danos hoy el pan de cada día» .

28. Un poeta francés que escribió mucho y muy bien sobre la esperanza, decía que a Dios le asombraba especialmente la capacidad que había regalado a los hombres de vivir con esperanza. Ponía, en un pasaje muy hermoso, estas palabras en labios del Señor: «La fe no me asombra, para creer basta con mirar contemplativamente mi creación, el amor tampoco me extraña tanto, es un movimiento que a menos que se tenga corazón de piedra aflora al menos ocasionalmente. Lo que me sorprende de verdad es la esperanza: que estos mis pobres hijos vean cómo van las cosas y crean que mañana irá mejor, esto si que demuestra que mi gracia tiene una fuerza increíble» (Charles Peguy, «El pórtico del misterio de la segunda virtud»). Y dibujaba a la esperanza como la niña pequeña que va de la mano de las hermanas mayores, la fe y la caridad, que, aunque parezca que es llevada por ellas, en el fondo, ambas se mueven al ritmo de la más pequeña. ¡Qué importante es vivir esperanzados! En el fondo, el que espera está moviendo a toda la

sociedad a esperar un mañana mejor, un mundo más parecido al que Dios ha soñado para cada uno de sus hijos.

Se pueden convertir en enemigos de la verdadera esperanza cristiana la presunción, la rutina y el miedo. En primer lugar, la presunción, que es la convicción de que puedo conseguirlo todo con mis solas fuerzas. Y sabemos que necesitamos la gracia de Dios, que, a su vez, «nunca nos tienta en medida superior a nuestras fuerzas». Esperar, en cristiano, significa, como resumía la espiritualidad ignaciana, «hacerlo todo como si dependiera de mí, sabiendo que, en realidad, todo depende de Dios». Por otra parte, la falsa rutina nos puede dejar como inertes, sin rumbo, con falta de vitalidad, y sin embargo, la vida cristiana es una vida plena, en la que Dios no quita nada, sino que lo da todo, y nos invita a vivir a fondo el regalo de nuestra existencia. Por último, también nos pueden paralizar en nuestros caminos los miedos. ¡Cuántas veces nos ha advertido en la Escritura Dios de que no debemos dejarnos llevar por el miedo! Es, probablemente, la expresión que más repite el Señor en la Biblia: No tengáis miedo. Lo decía también el Papa Francisco al concluir la JMJ de Lisboa: «A ustedes, jóvenes, que quieren cambiar el mundo y luchar por la justicia y la paz; a ustedes, jóvenes, que le ponen ganas y creatividad, pero que les parece que no es suficiente, a ustedes, jóvenes, que la Iglesia y el mundo necesitan como la tierra necesita la lluvia; a ustedes, jóvenes, que son el presente y el futuro; sí, precisamente a ustedes, jóvenes, Jesús les dice: No tengan miedo» (Santa Misa de Clausura, 6 de agosto).

29. A lo largo de este Jubileo de la Esperanza, tendremos ocasión de mirar con los ojos de la fe muchos signos de esta esperanza que silenciosamente Dios inyecta en la historia de los hombres. Pido a todos que imploremos esa mirada esperanzada en la vida de nuestra Iglesia en Toledo. Ya sabéis que me gustan personas que se ponen de parte de la solución y que no se quedan en el problema, o se instalan en la queja. El mundo de hoy necesita optimistas, pero no optimistas ingenuos, sino aquellos que saben que la victoria es de nuestro Dios. Eso se contagia. Cuentan las crónicas que, a santa Juliana de Norwich, una mística del

siglo XIII, el Señor Jesús se le apareció y le dijo por tres veces y en inglés... «Todo acabará bien. Todo irá bien. Todas las cosas acabarán bien» . Este es el mensaje que brota del Evangelio, con el que concluye el libro del Apocalipsis. La Iglesia que camina «entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios» , como dice san Agustín, peregrina hacia la contemplación final del triunfo del Resucitado. Eso cambia totalmente el color de nuestras luchas, alivia nuestros sufrimientos, y, sobre todo, nos impulsa a llevar el tesoro de Jesucristo a todos los hombres. Él es el Médico y la Medicina de todos nuestros males. Un remedio eficacísimo y siempre disponible para las enfermedades de nuestro alma y de nuestro tiempo. Vivamos este Jubileo como una gran ocasión para mirar con los ojos de Jesucristo el tiempo de gracia que quiere regalarnos en adelante. 30. Os propongo, a lo largo de este curso, repetir con frecuencia esta oración que rezará toda la Iglesia invocando el don de la Esperanza en este Jubileo:

Padre que estás en el cielo,
la fe que nos has donado en
tu Hijo Jesucristo, nuestro hermano,
y la llama de caridad
infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo,
despierten en nosotros la bienaventurada esperanza
en la venida de tu Reino.

Tu gracia nos transforme
en dedicados cultivadores de las semillas del Evangelio
que fermenten la humanidad y el cosmos,
en espera confiada
de los cielos nuevos y de la tierra nueva,
cuando vencidas las fuerzas del mal,
se manifestará para siempre tu gloria.

La gracia del Jubileo
reavive en nosotros, Peregrinos de Esperanza,

el anhelo de los bienes celestiales
y derrame en el mundo entero
a alegría y la paz
de nuestro Redentor.

A ti, Dios bendito eternamente,
sea la alabanza y la gloria por los siglos.
Amén.

CAPÍTULO III**«HABÉIS SIDO LLAMADOS PARA QUE SIGÁIS SUS HUELLAS»****(cf. 1Pe 2, 21)****Una Iglesia de llamados en camino hacia el Sínodo Diocesano**

LA IGLESIA ES UNA ASAMBLEA DE LLAMADOS

30. La peregrinación de esperanza que haremos juntos durante este año tiene una orientación vocacional también. Hemos hecho un camino, a lo largo de estos tres últimos años, repasando el estado de vida de laicos, consagrados y sacerdotes, las tres vocaciones de vida en la Iglesia que conforman el Pueblo de Dios, con toda su complementariedad y misión específica. Este año también nos vamos a detener, con toda la Iglesia que peregrina en España, en la consideración de la vida como vocación. Como dice el Señor a través del profeta Isaías, hemos sido llamados por nuestro nombre, y esa llamada es garantía de la presencia de Dios en nuestra vida y del fruto de nuestra misión: «No temas, que te he redimido, te he llamado por tu nombre, tú eres mío. Cuando cruces las aguas, yo estaré contigo, la corriente no te anegará; cuando pases por el fuego, no te quemarás, la llama no te abrasará. Porque yo, el Señor, soy tu Dios; el Santo de Israel es tu salvador. Entregué Egipto como rescate, Etiopía y Saba a cambio de ti, porque eres precioso ante mí, de gran precio, y yo te amo. Por eso entrego regiones a cambio de ti, pueblos a cambio de tu vida. No temas, porque yo estoy contigo»⁷.

De hecho, el término «Iglesia», viene del griego «ekklesia», que es literalmente la designación de la asamblea de los llamados. Estamos en la Iglesia porque Jesucristo ha dicho nuestro nombre desde toda la eternidad. Nos ha llamado a la existencia, y nos ha llamado a compartir la vida divina que nos ha obtenido con su redención preciosa desde el árbol de la Cruz. Y hemos sido llamados para prolongar su presencia en medio del mundo por toda la historia de la humanidad. Para seguir siendo instrumentos de su llamada para otros. Es muy

⁷ Is 43, 1-5

hermoso saber que somos fruto de un pensamiento único de Dios, que hemos sido hechos con toda su sabiduría y amor, y que tiene un designio amoroso para cada uno de nosotros.

31. La Conferencia Episcopal Española ha puesto en el centro de sus acentos pastorales para el quinquenio 2020-25 la cuestión vocacional en la vida de la Iglesia. Es cierto que muchas iglesias andan preocupadas por la carencia de sacerdotes y consagrados. Pero, en general, en todos los niveles de la misión eclesial, lo que faltan son creyentes convencidos de que el Señor les ha llamado a ser discípulos misioneros, llamados personalmente por Jesucristo. Así está intentando el Papa remarcar que se necesita una conciencia nueva de la corresponsabilidad de todos en el misterio de comunión que es la Iglesia. Aquí, en nuestra tierra, esta preocupación de los pastores se va a concretar en un Congreso Nacional Vocacional, que a imagen del que se celebró en 2020 sobre los laicos, ponga en el centro de nuestra vida eclesial la concepción de la vida como vocación. Del 7 al 9 de febrero de 2025 en Madrid, participaremos un buen grupo de representantes de toda la Archidiócesis, llevando las iniciativas que partan también de la reflexión de todos en estos meses. Este Congreso supone también la puesta de largo del Servicio Nacional de Vocaciones, que ha surgido recientemente como un instrumento necesario para recordar a todos que, cuando se olvida la llamada primigenia de nuestra existencia, se descoloca también el sentido y el fin de todo lo que somos. Un fruto previsto de este Congreso es la creación de un Servicio Diocesano para las Vocaciones, que aglutine el trabajo de preparación, discernimiento y propuesta de esta cultura vocacional. Ahí colaborarían representantes de clero, vida consagrada, laicos, misiones, juventud... Uno de los retos que conlleva, también, es la constitución del sujeto que ha recibido la llamada, la educación para el amor verdadero, el fortalecimiento y la sanación necesarios en medio de esta cultura tan disolvente de la estructura de lo humano, que fragiliza a nuestras generaciones más jóvenes.

DEL PIENSO, LUEGO EXISTO, AL SOY LLAMADO, POR ESO VIVO

32. En el documento de preparación del Congreso hay unas orientaciones valiosas que pueden ser ya motivo de reflexión para todos. «Toda la renovación de la Iglesia consiste esencialmente en el aumento de la fidelidad a su vocación» (EG 26), decía el Papa Francisco en su exhortación apostólica programática de inicio de pontificado. Por eso, queremos renovar la conciencia de nuestro origen y de nuestro destino, así como las luces que hemos recibido para recorrer el camino de la vocación personal que puede conducirnos al buen puerto de la santidad y de la unión con Dios, felicidad del hombre. El documento de trabajo del congreso hace un diagnóstico sobre lo que ha pasado en los últimos tiempos:

«La modernidad trajo la buena noticia del hombre que se pone de pie y en el centro. Poco a poco va surgiendo una disputa con Dios que está en el centro, para progresivamente decirle a Dios: ¡apártate del centro! Pero, no mucho tiempo después, este hombre que se pone de pie y en el centro va siendo desplazado porque las emociones y los sentimientos desplazan a la propia razón. En el momento que nos toca vivir, el hombre que estaba en el centro duda y tiene que negociar su puesto con los animales y con las máquinas por la llegada de la inteligencia artificial. Vivimos una fase nueva de la relación naturaleza y gracia que ha marcado todos los tiempos de cambio en la vida de la Iglesia. La gracia ha sido sustituida por la cultura y la misma cultura está devorando la naturaleza. Veamos, por ejemplo, todas las cuestiones relacionadas con la ideología de género y la vinculación entre género, algo cultural, y sexo que tiene que ver con la propia naturaleza.

La Iglesia es un pueblo entre los pueblos y a lo largo de los siglos ha vivido una singular alianza entre trono y altar, entre sociedad y comunidad cristiana. La propuesta de vida eclesial y la de vida social eran convergentes. Progresivamente, vamos viviendo una separación que presenta diversos rostros: la colaboración, la privatización, la indiferencia, el rechazo y, a veces, las dudas sobre si la Iglesia hoy tiene algo que decir en la vida pública, en la convivencia y en las relaciones

de unos con otros. Vivimos un tiempo nuevo para plantear esta relación con el deseo de un diálogo que pueda ser fecundo. Pero este diálogo es problemático y las dificultades están invitando a la privatización o separación total de Iglesia y sociedad. Lo vivimos como desafío que alienta la presencia en la vida pública, pero también surge el miedo al rechazo, incluso a la persecución, con el riesgo de que la desesperanza crezca.

La Iglesia anuncia el Reino que alcanzará su plenitud en la vida eterna. En la modernidad, el Reino ha terminado por ser asimilado con el progreso. El deseo de que el Reino de Dios transforme el mundo en el que vivimos, unido a una propuesta de los valores del Reino intercambiables con ideologías dominantes, han contribuido a la identificación del Reino con el progreso de este mundo. Pero, en esta gran travesía de la modernidad, se ha ido descubriendo la ambigüedad del progreso y cómo surgen en la sociedad y en la propia comunidad cristiana figuras antiguas y nuevas de asistencialismo, voluntariados o cenáculos cerrados desde las dudas y ensayos que experimentamos en la relación Iglesia y sociedad. La reacción ante la ambigüedad provoca mirar hacia atrás o hacia delante, desgajados del presente, dando pie a tensiones internas en la Iglesia o en nuestra manera misma de relacionarnos con el tiempo, pasado, presente y futuro (nostalgia, ansiedad, incertidumbre)»⁸.

33. Esta situación afecta especialmente a los más jóvenes, que viven con mayor acatamiento cultural las consecuencias de haber crecido en un ambiente autorreferencial, poco abierto a la trascendencia y con serias dudas sobre las opciones de vida a largo plazo. Hace algunos años lo diagnosticaba así un documento luminoso del episcopado español: «Este juego de contrastes se refleja inevitablemente en el plano de proyectar el futuro, que es visto —por parte de los jóvenes— en una óptica consecuente, limitada a las propias ideas, en función de intereses estrictamente personales (la autorrealización). Es una lógica que reduce el futuro a la elección de una profesión, a la situación económica o a la

⁸ CEE, Documento de Trabajo «Hacia el Congreso sobre Vocaciones: Iglesia, asamblea de llamados para la misión», pp. 7-8.

satisfacción sentimental-afectiva, dentro de horizontes que, de hecho, reducen la voluntad de libertad y las posibilidades de la persona a proyectos limitados, con la ilusión de ser libres. Son opciones sin ninguna apertura al misterio y a la trascendencia, y quizá también con escasa responsabilidad respecto a la vida, propia y ajena, de la vida recibida como don y para transmitir a otros. Es, en otras palabras, una sensibilidad y mentalidad que corren el peligro de diseñar una especie de cultura antivocacional. Que es tanto como decir que, en la Europa culturalmente compleja y privada de precisos puntos de referencia, semejante a un gran panteón, el modelo antropológico prevalente fuese el del «hombre sin vocación». He aquí una posible descripción de éstos: «Una cultura pluralista y compleja tiende a producir jóvenes con una identidad imperfecta y frágil con la consiguiente indecisión crónica frente a la opción vocacional. Muchos jóvenes ni siquiera conocen la «gramática elemental» de la existencia, son nómadas: circulan sin pararse a nivel geográfico, afectivo, cultural, religioso; «ellos lo intentan». En medio de la gran cantidad de informaciones, pero faltos de formación, aparecen distraídos, con pocas referencias y pocos modelos. Por esto tienen miedo de su porvenir, experimentan desasosiego ante compromisos definitivos y se preguntan acerca de su existencia. Si por una parte buscan, a toda costa, autonomía e independencia, por otra, como refugio, tienden a ser dependientes del ambiente socio-cultural y a conseguir la gratificación inmediata de los sentidos: de aquello que «me va», de lo que «me hace sentir bien» en un mundo afectivo hecho a medida». Produce una inmensa pena encontrar jóvenes, incluso inteligentes y dotados, en los que parece haberse extinguido la voluntad de vivir, de creer en algo, de tender hacia objetivos grandes, de esperar en un mundo que puede llegar a ser mejor también gracias a su esfuerzo. Son jóvenes que parecen sentirse superfluos en el juego o en el drama de la vida, como dimisionarios en relación con ella, extraviados a lo largo de senderos truncados y aplanados en los niveles mínimos de la tensión vital. Sin vocación, pero también sin futuro, o con un futuro que, todo lo más, será una fotocopia del presente»⁹.

9 CEE, «In Verbo tuo. Nuevas vocaciones para una nueva Europa», n. 11.

34. Salir de ese bucle que encierra al hombre dentro de una vida sin proyecto más allá de la inmediatez es una tarea esencial de la Iglesia en nuestro tiempo. Y para ello, es fundamental pinchar la burbuja cultural que asfixia a las nuevas generaciones. La vida cambia con la experiencia fuerte del Amor verdadero. Ser llamado es ser amado, repetía frecuentemente S. Pablo VI. Y en la vida del hombre hay una hermosa combinación necesaria entre el Amor de Dios y el amor de los hombres, que conforman una maravillosa «polifonía de la existencia» . La expresión «polifonía de la existencia» fue acuñada por Bonhoeffer en una carta a un amigo: «El riesgo implícito en todo gran amor es el de perder la polifonía de la existencia. Quiero decir que Dios y su eternidad pretenden ser amados desde lo profundo del corazón, pero sin que el amor terreno sea dañado o debilitado; algo así como un *Cantus Firmus*, en relación al cual las otras voces de la vida conformen el contrapunto. El amor terreno, esponsal o de amistad, o familiar, sigue la ley del contrapunto, cuyos temas son del todo autónomos y, sin embargo, correlativos al *Cantus Firmus*. Donde el *Cantus Firmus* es claro y distinto, el contrapunto puede desplegarse con el máximo vigor. Para hablar con el lenguaje del Concilio de Calcedonia, el uno y el otro son indivisos y sin embargo distintos, como lo son la naturaleza divina y la naturaleza humana de Cristo. La polifonía en la música, ¿no nos será tal vez tan cercana e importante por el hecho de constituir el modelo musical de este hecho cristológico y por tanto también de nuestra vida cristiana?»¹⁰. El Amor de Dios actúa como ese soporte fundamental y duradero, incondicional y eterno, que constituye la posibilidad de esa melodía que resuena en todas las fibras del corazón humano al construir su proyecto de vida, entrelazado de todo ese despliegue de matices del amor humano: de filiación, de paternidad, de fraternidad, de amistad... Y, sí, como descubrió la santa más grande de los tiempos modernos: «Mi vocación es el Amor» . Hemos conocido el Amor en

¹⁰ Recogido en E. Ronchi, «Los besos no dados» , Madrid 2016, pp. 17-19. En la música, el *Cantus Firmus* es una melodía previa que sirve de base de una composición polifónica y que en ocasiones se escribe aparte para ser tocada en notas de larga duración.

el seno de Dios Trinidad, y estamos llamados a desplegarlo en todas sus longitudes de onda, sin que esto suponga un proyecto utópico o etéreo, sino en la concreción del tú a tú y el nosotros que marcan la trama de nuestra existencia. «Estamos llamados a vivir en la Iglesia una experiencia que aporte a la sociedad en la que vivimos la novedad de la cultura vocacional. Este desafío está en la base de nuestra propuesta: cómo poner la libertad de nuestros contemporáneos en relación con la gracia para que se libere la libertad, se abra el amor y se genere una cultura, la de los hijos y hermanos, la cultura de los pecadores perdonados, la de quienes miran con esperanza la muerte. Queremos vivir una cultura vocacional en la que la gracia transfigure la naturaleza» (Documento de trabajo, p. 18).

UNA PROPUESTA PARA VIVIR CREANDO «CULTURA VOCACIONAL»

35. A partir de este diagnóstico, el próximo Congreso sobre Vocaciones estudiará una propuesta que se articula sobre varios ejes, que podrían resumirse también como tres grandes líneas fuerza de nuestra reflexión y vida:

A) SANTIDAD: «Sí, nosotros, su Iglesia, somos la comunidad de los que son llamados. Tengamos este acto de fe en el corazón, encendamos desde ahí la esperanza, porque la vocación está en el corazón de todos, todos, todos. El asunto, hermanos, es despertar la conciencia de este secreto. Nosotros, amigos, tenemos en la Iglesia esta misión entusiastamente: hacer que los niños, los adolescentes, los jóvenes, los adultos descubran el tesoro escondido del amor de Dios en su corazón, que toma rostro y forma en una identificación vocacional concreta, para así poder presentar el amor de Dios a esta generación, anunciar el Reino de Dios a este mundo. ¿Quiere decir esto que los miembros de la Iglesia seamos impecables? No, somos pecadores permanentemente necesitados del perdón. La santidad que se nos regala y encomienda es una apremiante llamada a salir de la doble vida. La santidad no es un halo de los elegidos; desborda

los requerimientos de una vida honrada o éticamente exigente: es el resultado de la unidad de vida guiada por el Espíritu. La santidad nos habla del misterio trinitario y pascual que atraviesa toda la existencia y todos los órdenes de la creación» .

B) PRESENCIA: «En diálogo con esta sociedad de la que forma parte, la Iglesia, en sus miembros, debe ser y ofrecer «sacramentos», palabras y acciones, «signos e instrumentos» de la buena noticia de salvación que quiere anunciar. Formada por miembros de la misma sociedad con la que quiere hablar y compartir, sabe que «hacer Iglesia» es ya una manera estupenda de hacer sociedad, pero que, además, todos los creyentes están convocados a proponer a sus conciudadanos la luz y el calor que han recibido y que comparten según la vocación en la que han sido llamados. Es un único pueblo, todo él es vocacional, asamblea de llamados. Al servicio de este único pueblo se extraen de él algunos para, con un sello del Espíritu Santo, ser enviados y hacer presente a Cristo que nos envía y camina con nosotros para alimentarnos, curarnos y conducirnos. Unos y otros, pastores y laicos con sello sacramental, precisan el regalo de la vida de especial consagración. Ésta no tiene sello sacramental, sino el destello de la acción del Espíritu Santo que llama y la respuesta del llamado que se consagra en la profesión de los consejos evangélicos realizados como votos o promesas. Su especial consagración nos ayuda a todos porque pobreza, castidad y obediencia son para todos. Todos estamos llamados a tener una relación diferente con el dinero, todos estamos llamados a vivir una vida sexual casta, todos estamos llamados a la obediencia; gracias a algunos hermanos que hacen ensayos de pobreza, virginidad y obediencia vamos aprendiendo cómo ensayarlos hoy según nuestra vocación» . Jesús combinaba su relación con los 12, con los 72 y con la muchedumbre. Y todos estaban llamados a tener una relación especial con los más pobres y necesitados. También las distintas vocaciones deben reflejar de distinta manera el amor de Dios al mundo: como caridad pastoral los sacerdotes, como caridad política -no en sentido de dedicación a la

política profesional, sino de construir la «polis», la sociedad de los hombres- los laicos y como caridad consumada los consagrados, que iluminan con destellos escatológicos el peregrinar de todo el Pueblo de Dios.

C) LA ATENCIÓN ESPECIAL A LAS VOCACIONES: «La Iglesia dedica una particular atención a las vocaciones al sacerdocio: «sin sacerdotes, la Iglesia no podría vivir aquella obediencia fundamental que se sitúa en el centro mismo de su existencia y de su misión en la historia, esto es, la obediencia al mandato de Jesús: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes» (Mt 28, 19) y «Haced esto en conmemoración mía» (Lc 22, 19; cf. 1 Cor 11, 24)»¹¹. Por otra parte, es necesario reconocer que la vocación laical ha sido presentada en negativo, «quienes no son ordenados ni consagrados», y la vocación al matrimonio como un asunto privado de dos personas de cuyo consentimiento matrimonial la Iglesia es testigo. Nuestra propuesta, siguiendo el Concilio Vaticano II y su acogida posterior en *Christifideles laici*, quiere impulsar y subrayar la importancia de la vocación laical y la vocación al matrimonio. Además, La Iglesia también ha cuidado con empeño las vocaciones a la vida consagrada en sus múltiples formas. En un cambio de época, son necesarios destellos de luz y ensayos de vida y misión que solo la especial consagración puede ofrecer. Si la vocación es «el eje en torno al cual se articulan todas las dimensiones de la persona», este principio no sólo afecta a cada creyente sino a la pastoral en su conjunto, que ha de encontrar en «la dimensión vocacional un principio unificador». De este modo la pastoral vocacional no puede reducirse a un «sector separado e independiente» sino que ha de «animar toda la pastoral de la Iglesia presentando con eficacia la variedad de vocaciones» y ayudando a «integrar en proyectos» sectores a veces fragmentados de la pastoral eclesial para que la propuesta cristiana sea significativa. Esto es un aspecto importante de la conversión pastoral a la que estamos llamados. «Toda pastoral es vocacional, toda formación es vocacional

¹¹ Pastores dabo vobis, n. 1.

y toda espiritualidad es vocacional»¹². La pastoral vocacional de la Iglesia acompaña a los jóvenes para que realicen un discernimiento de sí y de su propia vocación. El acompañante ha de ayudar al joven para que sea él mismo quien haga un discernimiento de la propia vocación, para que reconozca e interprete el paso de Dios por la vida en experiencias y acontecimientos iluminados por la Palabra, y decida en libertad, sabiendo que para ello no puede tener todas las certezas, sino que ha de aprender a fiarse y sustituir el cálculo a la hora de decidir por una respuesta confiada a Otro. La tarea más urgente del acompañante es la de poner a la persona en condiciones de tomar una decisión, sin sustituir su conciencia sino formándola para que pueda optar con libertad y responsabilidad, como acto de amor. Este acompañamiento vocacional debe partir de la escucha respetuosa con una triple sensibilidad o atención: a la persona, dedicándole tiempo; a la gracia, discerniéndola de las tentaciones; y a los impulsos que llevan «hacia adelante» en el seguimiento del Señor.

La vocación no es ni un «guión ya escrito» para recitar simplemente, ni tampoco una «improvisación teatral sin esquema», sino una oferta de gracia que reclama la interpretación libre y creativa del hombre. La misión a la que el Señor llama es una brújula segura que da la orientación en el camino de la vida, pero no es un 'GPS' que indica con detalle los tiempos y lugares de todo el recorrido, que cada uno habrá de elegir prudentemente, poniendo en juego su libertad, que «siempre conlleva una dimensión de riesgo que hay valorizar con decisión y acompañar con gradualidad y sabiduría». De ahí la importancia del discernimiento vocacional en el acompañamiento. La pregunta central del discernimiento no es sólo «quién soy yo» sino «para quién soy yo», para qué y para quién nos ha creado el Señor, que es ante todo un Amigo que nos exige porque nos ama. El discernimiento es así un «camino de libertad», no un crearse de nuevo sino sacar lo mejor de sí mismo y «hacer florecer el propio ser» «para la gloria de Dios y para el bien de los demás».

¹² *Christus Vivit*, n. 254.

LA IMPORTANCIA DE LA ORACIÓN EN TODO ESTE CAMINO

36. Las diez palabras del Señor que configuran el decálogo de los mandamientos son precedidas por una indicación que el pueblo de Israel tiene siempre en el corazón y en los labios: «Escucha, Israel» (Dt 5). Escuchar al Señor es siempre la actitud fundamental de la existencia del hombre, que se mantiene con el espíritu de oración. Esa docilidad fundamental a su voz y a sus intervenciones en nuestra vida a veces se empaña con nuestra profusión de ideas y planes preconcebidos. Esto vale como indicación fundamental para nuestra pastoral vocacional: «No hay discernimiento sin cultivar en silencio la familiaridad con el Señor y el diálogo con su Palabra. En una sociedad cada vez más ruidosa, que propone una multitud de estímulos, un objetivo fundamental de la pastoral vocacional es ofrecer ocasiones para saborear el valor del silencio y de la contemplación, y formar en la relectura de las propias experiencias y en la escucha de la conciencia iluminada por la lectura creyente de la Sagrada Escritura». Pero vale para todo el peregrinar de nuestra existencia en esta tierra, en la que el Señor quiere seguir teniendo con cada uno de nosotros y con la Iglesia en su conjunto un diálogo amoroso. «A Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras» (San Ambrosio, off. 1, 88).

37. Para este año 2024 en el que todavía nos encontramos, el Papa Francisco ha marcado un subrayado orante hasta querer convertirlo en un Año de la Oración. «Os pido intensificar la oración para prepararnos a vivir bien este acontecimiento de gracia y experimentar la fuerza de la esperanza de Dios. [...] Un año dedicado a redescubrir el grande valor y la absoluta necesidad de la oración en la vida personal, en la vida de la Iglesia y del mundo» (Ángelus, 21 de enero de 2024). En sus catequesis, el Papa ha indicado en varias ocasiones cómo la oración es el camino para entrar en contacto con la verdad más profunda de nosotros mismos, donde está presente la luz misma de Dios, como enseñaba san Agustín. El Papa Francisco motiva a orar con perseve-

rancia, subrayando cómo la oración constante transforma no solo a la persona, sino también la comunidad que lo rodea, también allí donde el mal parece haber tomado la delantera. Retomemos las 38 «Catequesis sobre la oración» que el Papa Francisco realizó de mayo 2020 a junio 2021 y dejémonos guiar por sus enseñanzas. También en nuestra Escuela Diocesana de Oración estamos haciendo un camino de introducción en la vida de oración. Tenéis en el canal de Youtube de nuestro Canal Diocesano de televisión todas las temporadas completas de este itinerario. Este año continuaremos introduciéndonos en este pilar de la vida espiritual con la ayuda de testimonios luminosos y de la enseñanza bíblica de los grandes orantes.

EL SÍNODO DIOCESANO, PRÓXIMA ESTACIÓN DE NUESTRA PEREGRINACIÓN

38. Me gustaría que el gran Jubileo de este año de esperanza fuera una purificación necesaria para el tiempo que se abre en nuestra Iglesia Diocesana. Si Dios quiere, y con la preceptiva consulta a los consejos de nuestra archidiócesis, me propongo convocar un Sínodo Diocesano que comenzaría el próximo curso pastoral. Bien sabéis que, prácticamente desde el inicio de mi ministerio episcopal en la Archidiócesis he querido impulsar este sínodo, teniendo presente que el último sínodo diocesano se celebró hace más de 30 años y que estamos viviendo un «cambio de época», movido por la convicción de que va a suponer una gran renovación para nosotros. Este acontecimiento de gracia, que es uno de los instrumentos de comunión más grandes que tiene cada Iglesia particular, puede ser un faro para los años venideros.

39. El Sínodo es un camino conjunto. Y queremos vivirlo de verdad así. Tenemos que ponernos muy a la escucha del Señor, a través de la oración y de la conversión personal y comunitaria, para poder discernir cuáles son los pasos por dar para hacer de nuestra vida cristiana y de nuestra comunidad como Iglesia un testimonio resplandeciente de

la presencia de Jesucristo en medio de nosotros. Eso significa que la prioridad será la de escuchar la suave brisa con que habla el Espíritu Santo. Sin un plan preconcebido más allá de lo que la razón iluminada por la fe nos permita trazar como un bosquejo de hoja de ruta en la que la prioridad la tendrá Su Palabra. Por todo ello, os invito a ir preparando el corazón con un ambiente de acogida positiva de lo que el Sínodo pueda significar para nuestra vida y para nuestra Iglesia Diocesana. A lo largo de este curso habrá ocasión para explicar mejor algunos de los pasos previos con que ir preparando este momento importante. Pero, sobre todo, os quiero pedir mucha oración para que podamos acertar con lo que Dios quiera manifestarnos en este camino compartido que será nuestro Sínodo Diocesano. Os ofreceremos algún material y convocatoria que sirva para intensificar la oración, pedir luz y disponer el corazón para acoger lo que el Espíritu Santo vaya haciendo en nosotros. Quiero terminar encomendando todo este año pastoral a la intercesión de Santa María, la Esclava del Señor a la que san Ildefonso hizo profesión de esclavitud filial. Que sea Ella la que nos ayude a vivir este año santo jubilar, encandilados por la llamada del Señor, para hacer de nuestra vida una peregrinación de esperanza que fortalezca nuestros vínculos con Jesucristo como Iglesia del Señor. Con Ella, pedid por el camino que iniciaremos en el Sínodo Diocesano rezando esta oración:

40. ORACIÓN POR EL SÍNODO DIOCESANO:

Padre Bueno, te damos gracias por tu amor y tu misericordia.
Te pedimos que ilumines nuestras mentes con tu luz
durante el Sínodo de nuestra Archidiócesis de Toledo.
Señor Jesús, guíanos en nuestro camino de conversión personal
y pastoral
para que podamos ser verdaderos discípulos misioneros
de tu evangelio.
Espíritu Santo, derrama tu sabiduría sobre nosotros.
Ayúdanos a discernir tu voluntad con claridad y valentía,

ARZOBISPO DE TOLEDO

para que todas nuestras acciones y decisiones reflejen tu amor y tu verdad.

Que este Sínodo sea un tiempo de renovación espiritual y comunitaria, fortaleciéndonos para la misión de evangelizar.

Santa María, Madre de la Iglesia y Madre nuestra, intercede por nosotros.

Acompáñanos en este camino de renovación y haznos dóciles a la acción del Espíritu Santo. Amén.

Toledo, a 25 de julio de 2025

Solemnidad del Apóstol Santiago, patrono de España

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo y Primado de España

GUÍA DE LECTURA

DE LA CARTA PASTORAL «PEREGRINOS DE ESPERANZA»

CURSO PASTORAL 2024-25 EN LA ARCHIDIÓCESIS DE TOLEDO

Ofrecemos en este pequeño subsidio un posible esquema de tres reuniones que puedan servir para la lectura, asimilación, comentario y vivencia de las indicaciones que nuestro Pastor Diocesano nos hace para el próximo curso pastoral. Como observación inicial, señalar que se trata de un medio para fomentar la lectura personal de todo el escrito, que quedaría así distribuido en secciones breves y de fácil seguimiento. Lo ideal sería que el grupo se reuniera tras haber leído el capítulo correspondiente a la reunión de forma personal, con una oración y reflexión propia al hilo de las palabras del Sr. Arzobispo. El encuentro tendría un tono de oración y reflexión compartida a la luz de lo meditado previamente. Por último, os pediríamos que algún miembro del grupo actuara como secretario recogiendo las respuestas a las preguntas de cada encuentro y enviara un resumen de las mismas al siguiente correo: vicarioevangelizacion@architoledo.org

Ayudarán tanto a la preparación del Congreso Nacional de Vocaciones como a los primeros pasos del Sínodo Diocesano.

* * *

PRIMER ENCUENTRO

«JESUCRISTO, RAZÓN DE NUESTRA ESPERANZA»

1. *Canto Inicial: «Dona toda tu vida»*
(<https://www.youtube.com/watch?v=RGEQ4nAZbrE>)
2. *Lectura del Santo Evangelio según san Mateo:*

«Subió a la barca y sus discípulos le siguieron. De pronto se levantó en el mar una tempestad tan grande que la barca quedaba tapada por las

olas; pero él estaba dormido. Acercándose ellos le despertaron diciendo: «¡Señor, sálvanos, que perecemos!» Les dice: «¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?» Entonces se levantó, increpó a los vientos y al mar, y sobrevino una gran bonanza. Y aquellos hombres, maravillados, decían: «¿Quién es éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen?»
Palabra del Señor.

3. De la Carta del Sr. Arzobispo (nº 4):

«No existe barca en el mar que no sea habitada por Jesús con sus discípulos. Si queremos que la barca cumpla su misión es necesario que el Espíritu Santo sea el timón que nos guíe hacia el puerto de paz. Somos discípulos misioneros y estamos llamados a seguir a Jesús por tierra y mar. Subir a la barca exige una gran confianza... En ti confío. No debemos quedarnos en tierra firme cuando se nos exige subir a la barca y atravesar el mar embravecido de la vida. En la medida que confiamos sabiendo que Jesús está con nosotros, seremos capaces de superarlo todo. Atravesaremos mares y desiertos hacia la tierra prometida» .

4. Cuestiones para el diálogo:

¿Qué ecos produce en mí la lectura del pasaje del evangelio de la tempestad calmada?

¿Cuáles son las grandes tormentas que producen temor y desesperación en nuestra vida personal y como Iglesia hoy?

¿Qué remedios deberíamos aplicar para superar las oscuridades que nos toca afrontar?

5. Oración Final:

ORACIÓN ESPERANZADA

Padre nuestro,
queremos caminar juntos con alegría,

con la cabeza que es Cristo,
en Iglesia comunión,
al servicio de la Evangelización.
Ven Espíritu Santo,
lánzanos a vivir con los sentimientos del Corazón de Jesús
para servicio a los que sufren.
Con María nuestra Madre. Amén.

* * *

SEGUNDO ENCUENTRO «LA ESPERANZA NO DEFRAUDA»

1. *Canto Inicial: Himno del Jubileo «Peregrinos de Esperanza»*
(<https://www.youtube.com/watch?v=8QxEqjC1WiA>)

2. *De la Carta del Arzobispo (nº 27):*

«La esperanza es también una fuerza, un dinamismo que nos pone en camino, que no se traduce simplemente en aguardar, sino en buscar, en desear ardientemente, en trabajar por alcanzar. ¿Qué buscamos? Sin duda, esa plenitud que nadie puede no desear y que llamamos felicidad o bienaventuranza. Y ¿de quién la esperamos? De nuestra unión con Jesús que se transforma en luz de fe, en amor desbordante y en esperanza viva. Lo dice también el Catecismo: «La virtud de la esperanza responde a la aspiración a la felicidad que Dios ha puesto en el corazón de cada hombre; asume las expectativas que inspiran las actividades de los hombres, las purifica para ordenarlas al reino de los cielos, salvaguarda del desánimo, sostiene en todos los momentos de abandono, dilata el corazón en la esperanza de la felicidad eterna. El empuje de la esperanza preserva del egoísmo y conduce a la alegría del amor» (CEC 1818). Por eso, la esperanza es no solo un ancla, sino también se la representa como la «vela del barco», que recoge el viento que sopla y lo aprovecha para dirigirse a buen puerto. Es muy

importante aprovechar cualquier viento que sopla. Porque en toda situación, siempre hay una oportunidad para buscar la voluntad de Dios que sabe, incluso sacar bienes de los males. Dios es el Dios de las oportunidades, para el que «nada hay imposible» (Lc 1, 37). Decía el filósofo danés Kierkegaard que la desesperanza es muy fácil cuando no se tiene como horizonte la eternidad. Porque llega al corazón del hombre cuando parece que no hay posibilidades, que se cierra toda posibilidad de salida o actuación. El hombre tiene necesidad de posibilidades, si no, muere de asfixia espiritual. Y, sin embargo, Dios no nos deja nunca sin una posibilidad, su gracia puede hacer de cada situación una «ocasión de bien». El nombre bíblico de posibilidad es «Kairós», ocasión favorable (2Cor 6, 2). Con la Encarnación, la eternidad ha entrado en la historia, en el tiempo. Y Jesús es capaz de hacer nuevas todas las cosas. Basta con preguntarse: en esta situación, ¿qué espera Jesús de mí? Puede ser trabajar en una dirección, pero también puede ser orar más, o incluso tener paciencia. Unir nuestros deseos a los suyos. Decía Benedicto XVI, citando a san Agustín, en su encíclica sobre la esperanza, que la esperanza se podía aprender también en medio del sufrimiento: «Imagínate que Dios quiere llenarte de miel [símbolo de la ternura y la bondad de Dios]; si estás lleno de vinagre, ¿dónde pondrás la miel? El vaso, es decir el corazón, tiene que ser antes ensanchado y luego purificado: liberado del vinagre y de su sabor. Eso requiere esfuerzo, es doloroso, pero sólo así se logra la capacitación para lo que estamos destinados» (Spe Salvi 33). Como ya advertía san Pablo: «La tribulación produce paciencia, la paciencia una virtud. Probada y la virtud probada la esperanza» (Rm 5, 4). A veces, es necesario que mueran las razones meramente humanas para esperar, y así esperar todo de Dios. La esperanza es virtud que hace fuertes. Y a veces el sufrimiento acrisola, fortalece. Nos hace esperar contra toda esperanza (Rm 4, 18). De esa manera, la paciencia se convierte en la ciencia de la paz. Dice san Pedro, precisamente que «la paciencia de Dios es nuestra salvación» (2Pe 3, 12). Y, en estos tiempos nuestros en los que se quiere todo ya, una educación del deseo, y por tanto de la esperanza también, requiere que sepamos esperar los tiempos de

Dios. Contra la precipitación, pedir una sola cosa cada vez, como en el Padrenuestro: «danos hoy el pan de cada día» .

3. Cuestiones para el diálogo:

De los signos de esperanza que repasa el Arzobispo (nn. 21-23) citando la Bula del Papa Francisco de convocatoria del Jubileo, ¿cuáles nos parecen más importantes?

Citar algún aspecto que nos haya parecido evocador como fuente de esperanza o como motivo de desesperanza.

¿Cómo querríamos vivir el Jubileo para que fuera una ocasión de renovación interior? Proponer alguna acción concreta.

4. Oración Final:

ORACIÓN DEL JUBILEO

Padre que estás en el cielo,
la fe que nos has donado en
tu Hijo Jesucristo, nuestro hermano,
y la llama de caridad
infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo,
despierten en nosotros la bienaventurada esperanza
en la venida de tu Reino.

Tu gracia nos transforme
en dedicados cultivadores de las semillas del Evangelio
que fermenten la humanidad y el cosmos,
en espera confiada
de los cielos nuevos y de la tierra nueva,
cuando vencidas las fuerzas del mal,
se manifestará para siempre tu gloria.

La gracia del Jubileo

reavive en nosotros, Peregrinos de Esperanza,
el anhelo de los bienes celestiales
y derrame en el mundo entero
la alegría y la paz
de nuestro Redentor.

A ti, Dios bendito eternamente,
sea la alabanza y la gloria por los siglos. Amén.

* * *

TERCER ENCUENTRO «HABÉIS SIDO LLAMADOS PARA SEGUIR SUS HUELLAS»

1. *Canto Inicial: «Te seguiré» (M. Frisina)*
(https://www.youtube.com/watch?v=l_ANjUXv0Fw)
2. *De la Carta del Sr. Arzobispo (nº 34):*

«Salir de ese bucle que encierra al hombre dentro de una vida sin proyecto más allá de la inmediatez es una tarea esencial de la Iglesia en nuestro tiempo. Y para ello, es fundamental pinchar la burbuja cultural que asfixia a las nuevas generaciones. La vida cambia con la experiencia fuerte del Amor verdadero. Ser llamado es ser amado, repetía frecuentemente S. Pablo VI. Y en la vida del hombre hay una hermosa combinación necesaria entre el Amor de Dios y el amor de los hombres, que conforman una maravillosa «polifonía de la existencia» . La expresión «polifonía de la existencia fue acuñada por Bonhoeffer en una carta a un amigo: «El riesgo implícito en todo gran amor es el de perder la polifonía de la existencia. Quiero decir que Dios y su eternidad pretenden ser amados desde lo profundo del corazón, pero sin que el amor terreno sea dañado o debilitado; algo así como un *Cantus Firmus*, en relación al cual las otras voces de la vida conformen el contrapunto. El amor terreno, sponsal o de amistad, o familiar, si-

que la ley del contrapunto, cuyos temas son del todo autónomos y, sin embargo correlativos al *Cantus Firmus*. Donde el *Cantus Firmus* es claro y distinto, el contrapunto puede desplegarse con el máximo vigor. Para hablar con el lenguaje del Concilio de Calcedonia, el uno y el otro son indivisos y sin embargo distintos, como lo son la naturaleza divina y la naturaleza humana de Cristo. La polifonía en la música, ¿no nos será tal vez tan cercana e importante por el hecho de constituir el modelo musical de este hecho cristológico y por tanto también de nuestra vida cristiana?» [En la música, el Cantus Firmus es una melodía previa que sirve de base de una composición polifónica y que en ocasiones se escribe aparte para ser tocada en notas de larga duración.]. El Amor de Dios actúa como ese soporte fundamental y duradero, incondicional y eterno, que constituye la posibilidad de esa melodía que resuena en todas las fibras del corazón humano al construir su proyecto de vida, entrelazado de todo ese despliegue de matices del amor humano: de filiación, de paternidad, de fraternidad, de amistad... Y, sí, como descubrió la santa más grande de los tiempos modernos: «Mi vocación es el Amor». Hemos conocido el Amor en el seno de Dios Trinidad, y estamos llamados a desplegarlo en todas sus longitudes de onda, sin que esto suponga un proyecto utópico o etéreo, sino en la concreción del tú a tú y el nosotros que marcan la trama de nuestra existencia. «Estamos llamados a vivir en la Iglesia una experiencia que aporte a la sociedad en la que vivimos la novedad de la cultura vocacional. Este desafío está en la base de nuestra propuesta: cómo poner la libertad de nuestros contemporáneos en relación con la gracia para que se libere la libertad, se abra el amor y se genere una cultura, la de los hijos y hermanos, la cultura de los pecadores perdonados, la de quienes miran con esperanza la muerte. Queremos vivir una cultura vocacional en la que la gracia transfigure la naturaleza» (Documento de trabajo, p. 18).

3. Cuestiones para el diálogo

Oportunidades y dificultades que podemos encontrar en el ambiente actual para poder reconocer lo que Dios quiere.

Para que nuestros niños y jóvenes puedan responder a la vocación al amor a la que son llamados es imprescindible que desde el principio sean formados para poder dar esta respuesta. De la educación que ofrecemos en las familias, colegios y parroquias, ¿qué medios ofrecemos y qué medios echas en falta para que llevar a cabo esta formación y para acompañar en el discernimiento de la vocación concreta a la que Dios nos llama? ¿Cómo promover una cultura vocacional?

¿Qué esperamos del próximo Sínodo Diocesano? ¿Hay alguna cuestión sobre su contenido o su modo de proceder que consideras importante?

4. Oración Final:

ORACIÓN POR EL SÍNODO DIOCESANO

Padre Bueno, te damos gracias por tu amor y tu misericordia.

Te pedimos que ilumines nuestras mentes con tu luz durante el Sínodo de nuestra Archidiócesis de Toledo.

Señor Jesús, guíanos en nuestro camino de conversión personal pastoral

para que podamos ser verdaderos discípulos misioneros de tu evangelio.

Espíritu Santo, derrama tu sabiduría sobre nosotros.

Ayúdanos a discernir tu voluntad con claridad y valentía, para que todas nuestras acciones y decisiones reflejen tu amor y tu verdad.

Que este Sínodo sea un tiempo de renovación espiritual y comunitaria, fortaleciéndonos para la misión de evangelizar.

Santa María, Madre de la Iglesia y Madre nuestra, intercede por nosotros.

Acompáñanos en este camino de renovación y haznos dóciles a la acción del Espíritu Santo.

Amén.

